



El autor, abogado, especialista en derecho agrario y ambiental, así como en economía aplicada y agrícola, es el director ejecutivo de la Fundación Neotrópica y presidente de la Sociedad Mesoamericana de Economía Ecológica.

Conflictos, valor de los servicios ambientales y áreas silvestres protegidas de Costa Rica

..... || **Bernardo Aguilar**

Existe, en algunos sectores de nuestro país, la percepción de una dicotomía estricta entre conservación y actividades productivas. Así, cuando se plantean proyectos de ley como la iniciativa de permitir la pesca dentro de las áreas marinas de los parques nacionales o actividades de extracción de energía dentro estas, se tiende a reforzar esta dualidad. Entonces se levantan las voces que acusan a los conservacionistas de querer obstaculizar el desarrollo y de convertir a Costa Rica en un museo.

Vale la pena aclarar, primeramente, que esa dicotomía es falsa, pues los parques nacionales y las reservas biológicas ya generan una serie de servicios ambientales que benefician la economía del país, así como el bienestar social y cultural de sus habitantes. A los economistas se nos acusa de saber estimar los precios de todo, pero no saber estimar el valor de nada. Por eso, cualitativamente valga apuntar que el valor estético de nuestras áreas silvestres protegidas quizá tenga que ver bastante con el hecho de que seamos el país ubicado en la posición más alta en el Índice del Planeta Feliz (Abdallah, Thomson, Michaelson,



[Volver al índice](#)

Marks y Steuer, 2009) o que, respecto a nuestra huella ecológica, la biocapacidad costarricense sea, en términos relativos, superior al promedio mundial (WWF, Global Footprint Network y ZSL, 2010). Las áreas silvestres protegidas contribuyen a aumentar la capacidad hídrica y la fijación de carbono nacional, servicios ambientales hoy día vistos como estratégicos a nivel mundial. Estos, a su vez, incrementan la calidad de vida y salud de todos los costarricenses. Ahora bien, ni siquiera estamos haciendo referencia a los beneficios de nuestras montañas o del clima benevolente en algunas zonas del país para la salud. En cuanto a los aspectos culturales, debemos resaltar los favores que pueden proveer estas áreas respecto a la calidad de vida de nuestras culturas indígenas en sitios como Hitoy Cerere, la Amistad y otros. En muchos casos, la valoración monetaria de estos beneficios constituye una subestimación enorme puesto que resulta imposible englobar la totalidad del valor de estos elementos. Por eso, las escuelas de la economía ecológica indican que existen muchos casos de inconmensurabilidad que motiva la utilización de múltiples criterios (culturales, sociales y biofísicos) para comprender cualitativamente el valor de los servicios ambientales. Nótese, asimismo, que no se trata de beneficios superfluos, sino que son condiciones básicas de calidad de vida que simplemente no son compensables por vía monetaria.

Ahora bien, al hacer referencia a las estimaciones puramente monetarias,

es necesario aclarar que inclusive en estas se hallan fuertes motivaciones para superar la dicotomía mencionada arriba. Debemos, primeramente, aceptar que las características descritas en el párrafo anterior configuran la “marca” o reputación de república verde mediante la cual nuestro país es reconocido y se promociona en el extranjero (Evans, 1999). Así, la última campaña del Instituto Costarricense de Turismo incluye explícitamente la noción de que Costa Rica es una nación ambientalista al tiempo que afirma ser el país más feliz del mundo. La relación entre esa imagen verde y el éxito del turismo en Costa Rica es innegable. Este concepto no subsistiría si el Estado no es cuidadoso con la forma en que administra los parques nacionales. Es una de las inversiones necesarias para mantener el éxito. El país, como lo demuestran las constantes publicaciones cuestionando su reputación, debe estar listo para rendir cuentas sobre un aspecto en el que es relativamente exitoso. Pues el turismo genera anualmente cerca de \$2 000 millones que representan alrededor de un 7 % del producto interno bruto (Pib) del país, un 23 % de las divisas por exportaciones y cerca de un 13 % de los empleos directos e indirectos. Según Moreno, Hoden, Floquet y Mongbo (2011), cerca de \$935 millones de la suma total mencionada son atribuibles directamente a los parques nacionales y las reservas biológicas, puesto que un 60 % de los turistas visitaron estas áreas. El total de beneficios socioeconómicos anuales (turismo, agua para la generación de

energía hidroeléctrica, empleo directo e indirecto, entradas a los parques, recursos para la conservación de vida silvestre, compra de tierras y pagos por servicios ambientales) suman \$1 358 millones. Por consiguiente, el rédito para el país se puede estimar en \$2 085 por hectárea por año para los parques nacionales y las reservas biológicas, al tiempo que contribuyen con alrededor de un 5 % del Pib de 2009. Son montos nada despreciables que deben ser tomados en cuenta como potenciales costos de oportunidad de cualquier actividad extractiva que se realice dentro de los parques. Asimismo, los fondos que se destinan a la conservación de los parques nacionales y las reservas biológicas que financiamos en parte todos los contribuyentes del país no deben categorizarse como gasto público, sino como inversión social.

Por otra parte, los parques nacionales y las reservas biológicas cubren solamente el 12,2 % del territorio nacional. Es decir, el resto del 25 % que publicitamos al mundo como parte de nuestra marca verde se encuentra en otros modelos como refugios de vida silvestre, reservas forestales, zonas protectoras, reservas indígenas y humedales. En estos casos, la mayoría de los servicios ambientales que generan estas otras modalidades pasan muchas veces desapercibidos o no son compensados por sus beneficiarios. Piense el lector, por ejemplo, en los hoteles y las fincas agrícolas y ganaderas que se encuentran dentro de áreas como la Reserva Forestal Golfo Dulce. Asimismo, cabe citar las numerosas camarone-

ras o salinas que se encuentran dentro de las reservas de humedales del país. Por su parte, la Fundación Neotrópica ha estimado la generación de servicios ambientales para el Humedal Caribe Noreste en un monto entre \$2 800 y \$46 000 por hectárea por año con motivo del conflicto fronterizo con Nicaragua (Aguilar y Moulaert, 2011). En la misma línea, la organización no gubernamental estadounidense Earth Economics estimó el valor de los servicios ambientales que generan las zonas de humedal terrestre y manglar en el Humedal Nacional Terraba-Sierpe en un rango de \$14 000 a \$143 000 por hectárea por año (Earth Economics, 2010). En el caso de estos modelos, la retribución de impuestos es muy reducida debido a que no son esquemas estrictos y tienen un manejo limitadísimo por parte del Ministerio de Ambiente, Energía y Telecomunicaciones. Sin embargo, contribuyen con valores a través de los servicios ambientales tales como la prevención de inundaciones, la producción de alimento y materiales, así como la regulación de gases de efecto invernadero. De hecho, en esta última línea, los ecosistemas de manglares y humedales fueron identificados en los últimos años como los que mayormente contribuyen con la fijación de carbono –al menos tres veces lo que fija un bosque tropical de otro tipo– (Laffoley y Grimsditch, 2009).

Así que la contribución económica, social y cultural de las áreas silvestres protegidas del país es sumamente significativa, más allá de los beneficios exclusi-



Proyecto Ecóticos. Humedal Nacional Terraba-Sierpe, Costa Rica. El Humedal Nacional Terraba-Sierpe genera, de acuerdo con los resultados del Proyecto Ecóticos, un valor monetario anual por hectárea en servicios ambientales entre \$14 000 y \$143 000. Foto Cortesía de Azur Moulaert, Proyecto Ecóticos.

vamente ecológicos. Por eso, no solamente debemos ver más allá de las dicotomías que las consideran contrarias al desarrollo sino que debemos tomar en serio sus beneficios a la hora de plantear alternativas que puedan dañar sus ecosistemas y la contribución que hacen a la economía verde costarricense.

Referencias bibliográficas

Abdallah, S., Thomson, S., Michaelson, J., Marks, N. y Steuer, N. (2009). *The Unhappy Planet Index 2.0. Why Good Lives Don't Have to Cost the Earth*. Londres: New Economics Foundation.

Aguilar, B. y Moulaert, A. (2011). *A Preliminary Ecological-Economic Estimation of the Environmental Service Loss Due to the Current Ecological Conflict in the Isla Portillos Region in the Caribe Noreste Wetland in Northeastern Costa Rica*. San José, Costa Rica: Fundación Neotrópica.

Earth Economics. (2010). *Nature's Value in the Terraba-Sierpe National Wetlands: The Essential Economics of Ecosystem Services*. Seattle, Washington: Earth Economics.

Evans, S. (1999). *The Green Republic. A Conservation History of Costa Rica*. Austin, Texas: University of Texas Press.

Laffoley, D. y Grimsditch, G. (Eds.). (2009) *The Management of Natural Coastal Carbon Sinks*. Gland, Suiza: UICN.

Moreno, M., Hoden, S., Floquet, A. y Mongbo, R. (2011). *Protected Areas-Not Just for Biodiversity Conservation: The Contributions of Protected Areas to the Economics and Social Development in Bhutan, Costa Rica and Benin*. Heredia, Costa Rica: Cinpe.

WWF, Global Footprint Network y ZSL. (2010). *Living Planet Report. Biodiversity, biocapacity and development*. Gland, Suiza: WWF.